

Artículo en Blog de psicología.

Nuestra infancia no existe.

Ricárdez, Juan José.

Cita:

Ricárdez, Juan José (2023). *Nuestra infancia no existe*. Artículo en Blog de psicología.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/juan.jose.ricardez.lopez/22>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnde/QHs>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Nuestra infancia no existe¹

Juan José Ricárdez López

Abril, 2023

Oaxaca

¹ Artículo publicado en el Blog de *Psicowork*, *más que espacios de trabajo*, el 29 de mayo de 2023. Disponible en <https://psicowork.com.mx/blog/>

A Emilio, cuya infancia es también mi presente.
A mis pacientes, por el valor cuestionar la historia que les contaron.

“Si me miras para volver el camino andado,
Si me miras me encontraré fresco,
renovado.”

Alejandro Filio
Con tus ojos

A modo de introducción

Desde finales del siglo XIX, gracias a las investigaciones de Freud, se ha profundizado en la importancia de la infancia en la vida de todas las personas. Poco a poco se ha ido comprendiendo que es una fase en la que se edifican aspectos mentales que serán determinantes en los momentos posteriores de la vida. Actualmente, por fortuna, aportes de diferentes campos han derivado en una conciencia mayor sobre el hecho de que la infancia (así como la adolescencia) tiene valor en sí misma, y no sólo en tanto que estación de paso para alcanzar la madurez adulta.

Derivado de esto, seguramente, es común que las y los consultantes adultos entiendan que un tratamiento psicológico es importante explorar sus infancias. No es poco frecuente que estas y estos consultantes pregunten o comenten en las sesiones: “¿necesita que le hable sobre mi infancia?”, o “tengo que hablar de cuando era niña (o niño), ¿verdad?”. Alguna vez una paciente, ante mi comentario “con lo que acabas de contar, me surgió la idea de preguntar por tu madre y padre”, me comentó: “ah, ahí está el origen de todo, ahora que le cuente de cuando era niña me va a entender”.

No obstante, esta conciencia de la trascendencia de la infancia, es importante recalcar que, por lo menos en los enfoques que privilegian las construcciones narrativas, esa o esas historias de la infancia que las y los pacientes traen a las sesiones serán puestas a prueba y escudriñadas a partir de la escucha compartida de la o el profesional y su consultante. En este sentido, vale tomar como pivote de reflexión la siguiente sentencia: “la infancia no existe *per se*, porque la infancia, como toda experiencia, es una construcción mental”.

El psicoanálisis como pionero de la escucha a niñas y niños

A partir de los descubrimientos de Freud sobre la psicología infantil -y que para él más bien representaban un elemento valioso para comprender fenómenos de la adultez como las neurosis, las psicosis, la conducta perversa y la personalidad narcisista-, durante los siglos XX y XXI, diversas psicoanalistas han realizado propuestas que aportan a la escucha directa y empática de niñas y niños tanto en la clínica como en diversos terrenos, como la educación especial, la pedagogía, la pediatría, entre otros. Particularmente, quienes mayores aportes han hecho en el rubro de la psicología infantil han sido psicoanalistas mujeres, como Hermine Hug-Hellmut, Anna Freud, Malenie Klein, Margaret Mahler, Esther Bick, Arminda Aberastury, Esther Bick; entre muchas otras.

Seguramente derivado de atribuciones de género que en aquellos momentos de la historia no estaban visibilizados como ahora; y aun a pesar de los resultados favorables que Freud obtuvo al realizar el primer psicoanálisis infantil de la historia con el pequeño Hans; Freud prefería delegar la atención clínica de niñas y niños a psicoanalistas mujeres. Así lo expuso en su comunicación al Congreso Internacional de Paidología de 1911:

Las mujeres pueden realizar mejor tales análisis. Ya he formado a varias señoras en psicoanálisis principalmente con la intención de que atiendan a niños. Parece que el psicoanálisis infantil podrá llegar a ser una nueva y bonita profesión para ellas. Dejo que una asistente femenina realice mis psicoanálisis infantiles. (Freud, 1912; citado en Geissmann & Geissmann, 1992, p. 39)

Desde entonces, y gracias al genio de estas grandes mujeres, aspectos como el juego, el dibujo, las representaciones, entre otros, son elementos fundamentales de la clínica con

niñas y niños; pero sobre todo, el gran aporte de las psicoanalistas infantiles -y que lo que distingue la intervención psicoanalítica de las demás del campo *psi* (incluso las que también privilegian la atención de las narrativas)- es la profunda atención de las fantasías conscientes e inconscientes de las y los niños. Es claro, en este sentido, que centrarse sólo en lo observable, o en los resultados que arrojen las escalas psicológicas, y desatender el mundo de la fantasía de niñas y niños, reduce en mucho el acercamiento empático a la subjetividad de las y los consultantes.

Entonces, hasta este punto, propongo la pregunta: si la fantasía juega un papel fundamental en la vivencia de la realidad en niñas y niños, ¿qué nos haría pensar que ese mismo nivel de fantasía no estaría presente al momento de que las y los adultos recuerdan su infancia? Es aquí cuando la propuesta de Freud sobre los recuerdos encubridores, toma particular relevancia al escuchar lo que las y los pacientes adultos cuentan sobre su infancia.

Fantasía y recuerdos infantiles

Al inicio de su trabajo sobre recuerdos infantiles y encubridores, Freud (1981, p. 53) explica:

Los recuerdos infantiles indiferentes, deben su existencia a un proceso de desplazamiento y constituyen en la reproducción un sustitutivo de otras impresiones, verdaderamente importantes, cuyo recuerdo puede extraerse de ellos por medio del análisis psíquico, pero cuya reproducción directa se halla estorbada por una resistencia.

Es decir; que toda adulta y adulto es capaz de mantener en mente una serie de recuerdos que podrían catalogarse de “indiferentes”, en tanto que parecen no albergar ningún contenido destacado; no obstante, tras un análisis, suele relevarse que en el fondo de esos recuerdos, se ubican otros cuya carga de energía psíquica es relevante. Por poner un ejemplo, comparto la vez en que una paciente comenzó la sesión hablando sobre el año en que murió su perro (“grande y viejo”, según refirió); y su aparente reconocimiento repentino de que en ese mismo año había muerto su padre, sin que ella lo recordara, donde la muerte de la mascota sería el recuerdo encubridor.²

Como personas adultas, solemos jactarnos de la certeza de nuestros recuerdos sobre la propia infancia, sin reparar en que, en muchos de los casos, dichos recuerdos, en realidad, no lo son; sino que son historias sobre nosotras y nosotros mismos que le escuchamos a quienes estuvieron cerca durante la infancia: en realidad, no sobamos si fuimos la niña o el niño berrinchudo, serio, valiente, temeroso, disciplinado, etcétera; sólo sabemos que alguien nos contó que lo fuimos.

Esta es la esencia y el gran valor de la clínica psicoanalítica: que analista y analizada(o) escudriña con una escucha compartida el real contenido de las historias que sobre sí lleva a la sesión el segundo porque al analizarse se aprende aquello que Dorothy Bloch (2010, p. 21) explicaría: “la fantasía nunca está divorciada de la realidad”.

Viñeta clínica

² En el texto a que me vengo refiriendo, Freud propone tres tipos de recuerdos encubridores: 1) retroactivos o regresivos, 2) progresivos o avanzados, y 3) simultáneos o contiguos.

Por lo que se ha compartido, podemos comentar que nos encontramos en un momento histórico en el que como sociedades somos conscientes de la importancia de que niñas y niños vivan su infancia en un marco de crianza respetuosa y de derechos efectivos; y que este modo de proceder no está pensado para que, en un futuro, las y los niños actuales se conviertan en “personas de bien”; sino para dotarles de una participación activa en la modificación de la realidad. No obstante, esta misma certeza no parece estar compaginada con el reconocimiento de que lo que cada adulta y adulto sabe de su infancia, en realidad, es un mito construido por lenguaje; es decir, por historias escuchadas de otras y otros.

Para redondear lo que aquí se ha querido explicar, me apoyaré en una anécdota reciente ocurrida con una paciente, a quien llamaremos Lía, de tratamiento en curso. Es una mujer de veinticinco años de edad, apunto de concluir su formación profesional. Inicialmente consultó por un duelo, y complementariamente han surgido temas relacionados con su tendencia a la racionalización de las emociones más intensas, el matiz impulsivo de sus vínculos, las dudas sobre si sabe ser cuidada por alguien más, y el posicionamiento de su subjetividad en relación con la mirada de la y el otro.

En una sesión reciente, Lía informó, al inicio, que tenía algo importante para compartirme. Después de repasar otro tema, y como empujándose a no olvidar lo que quería contar, me relató un recuerdo de su etapa preescolar, en la que una maestra daba besos en la boca repetidamente, y a escondidas a ella y otros de sus compañeros. Su pregunta al concluir el relato fue: “¿crees que eso sea el origen de todo?”; y aclaró que éste es un recuerdo que siempre ha tenido. Yo imaginé a ese recuerdo como un acompañante permanente, como algo que de vez en vez se mira de reojo para estar segura de que ahí continúa, sin mirarle detenidamente. Agrego la paciente que, no obstante la presencia del recuerdo, nunca antes lo había contado a alguien.

Los tiempos actuales ameritan de las y los analistas lo que la doctora Celia Liberman y el doctor Norberto Bleichmar (2019, p. 54) entienden como *interpretación compleja*, la cual “busca explicar un sueño, una situación, un conflicto o un momento de la transferencia con versiones simultáneas y complementarias”; entonces habrá que entender el recuerdo compartido por Lía -y en general los recuerdos infantiles de las y los adultos- como un recuerdo encubridor, cuyo ropaje nos es mostrado con miras a deslumbrar para que el análisis se quede en la superficie. Habrá que rastrear en conjunto, a partir de dicho relato, los componentes enlazados a los complejos de la persona; es decir, el recuerdo de Lía puede ser el marco de aproximación a su intelectualización (“¿crees que esto sea el origen de todo?”), el matiz impulsivo de sus vínculos (“creo que por eso busco relaciones a escondidas” reflexionó), las dudas sobre si sabe o no ser cuidada (¿cómo es que mamá y papá no se dieron cuenta?), y el posicionamiento de su subjetividad en relación con la mirada de la otra o el otro (¿qué quiere de mí como su psicólogo?, ¿quiere que la cuide?, ¿cree que no la cuido?, ¿quiere ponerme feliz por regalarme un relato tan importante?, ¿cómo espera ser mirada?).

Palabras finales

Lía se propuso investigar con su madre más sobre este recuerdo. Quizás encuentre poco, porque lo que la madre aporte se centrará en este recuerdo encubridor. Lo importante será que Lía encuentre valor para seguir la senda que su relato abre; lo cual no es fácil, nunca lo ha sido para nadie; porque siempre será más cómodo pensar a nuestra infancia como

una película definitiva, en lugar de atrevernos a escuchar lo que nosotras y nosotros mismos, tenemos qué contarnos sobre dicha etapa.

Referencias

- Bloch, D. (2010). *Para que la bruja no me coma. Fantasía y miedo de los niños al infanticidio*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1981). IV Recuerdos infantiles y encubridores. En *Psicopatología de la vida cotidiana* (pp. 53-63). México: Iztaccíhuatl.
- Geissmann, C. & Geissmann, P. (1992). *Historia del psicoanálisis infantil*. Madrid: Síntesis.
- Lieberman, C. & Bleichmar, N. (2019). *Sobre el psicoanálisis contemporáneo*. México: Paidós.